



EL P. JEAN DANIELOU

CARMEN LLORCA

Cuando conocí, el 24 de marzo, al ahora cardenal Danielou era solamente el padre Danielou. Había llegado ese día a Madrid para pronunciar una conferencia en el Instituto Francés. Su presencia despertó curiosidad, interés, más aún: simpatía. Quienes le habían conocido con anterioridad y habían seguido de cerca su actividad de teólogo, le recordaban a la vanguardia de un movimiento renovador de la teología tradicional durante los años del pontificado de Pío XII. Pero me añaden inmediatamente que ahora el padre Danielou está muy a la "derecha", en una posición conservadora, como indicando con ello que ha renunciado a la lucha. Quienes se dirigen a él le llaman todavía "Mon Pérez." Cuatro días más tarde es ya el cardenal Danielou. La prensa comenta así su designación: "Su nombramiento es el más llamativo entre los de este consistorio. . . Hombre en punta en los años de Pío XII, se ha replegado posteriormente a líneas más conservadoras, siempre desde una gran lucidez de su agudísima inteligencia." De nuevo aparece la preocupación por la línea conservadora del padre Danielou, como una decepción entre sus admiradores.

Tengo ocasión de escuchar al padre Danielou en casa de los señores Demerson. A mí

me parece un hombre sumamente moderno, quiero decir un hombre nuevo que posee el instinto de lo que es vital entre lo actual y lo que es eterno entre lo pasado. Un hombre seguro de sí y dinámico que sabe el número de capas de polvo que se pueden quitar al pasado para que las verdades tradicionales puedan aparecer más brillantes al mundo de hoy. Se mueve con agilidad y rapidez, es un hombre de acción y de gestión, que apenas sabe permanecer sentado. Está presente, aunque no se le vea. Se le escucha, aunque no hable. Tiene el dinamismo de un hombre de negocios al servicio de la Iglesia y lleva ese traje negro de sacerdote sobrio con la elegancia e identificación que un militar puede sentir por su uniforme de campaña.

Quien así se me presenta no creo que sea un hombre que esté a la derecha, a la izquierda, a la vanguardia o a la retaguardia. Puede estar en cualquiera de esos puntos, cuando en alguno de ellos sea necesaria la acción. La lucha es su destino, como corresponde a su condición de poeta. Me dice la madre Arvizu, una joven religiosa que acabo de conocer, que tuvo ocasión de escuchar en París unas conferencias del padre Danielou y de ellas recuerda la fascinación de su pensamiento y declaraciones, tales como cuando les decía

que donde más le gustaba orar era en los vagones del Metro, apiñado con el pueblo de Dios, que caminaba. Este nuevo concepto de lo que es la grey de Dios, a la que encuentra reunida —pero indiferente— en las modernas catacumbas del transporte metropolitano, inspiran al padre Danielou el deseo de la oración y la comunicación con una masa humana que se mueve, que es arrastrada hacia un lugar en su marcha por el camino inescrutable de la historia.

Recuerdo a este propósito que hace muchos años, cuando me encontraba visitando las catacumbas de San Calixto, en Roma, en plena oscuridad y siguiendo a una reducida comitiva (avanzábamos con un pequeño cirio en la mano, pues todavía no se había instalado la luz eléctrica en el interior de las mismas), tropecé de repente con un sacerdote que, solo y arrodillado, ensimismado en la tremenda y oscura soledad de las catacumbas, estaba orando. Nunca he podido olvidar este encuentro, esta visión que ahora me viene a la memoria al confrontarlo con este sentido de abstracción en la comunicatividad que caracteriza al padre Danielou.

Interesada en conocer su vida y su obra, solicito del padre Danielou una indicación al respecto. Me sugiere inmediatamente el libro de Lebeau, Jean Danielou, Editions de Fleurus. Pero quiero leer al propio Jean Danielou y me enfrento con sus libros Dios y nosotros, El escándalo de la verdad (1) Es un gran descanso penetrar en el pensamiento de Danielou, leer cuanto ha escrito. La belleza, la claridad latina o mediterránea, el método en la exposición, la capacidad de síntesis característica de las grandes inteligencias, la economía en la exposición. Todo eso es Danielou. Quiero ofrecer un ejemplo de cuanto he dicho reproduciendo una de las páginas de los citados libros (2) en que establece las diferencias entre el paganismo y el cristianismo:

“...uno de los puntos de contraste más característicos entre la religión cósmica y la religión bíblica consiste precisamente en que, en la primera, Dios se manifiesta a través de la regularidad de los ciclos estacionales, mientras que, en la segunda, se revela a través de acontecimientos históricos particulares. La religión cósmica se agota en ejemplares permanentes. Lo histórico, lo particular, en cambio, no tiene realidad para ella; lo único que tiene valor es lo que se repite. La revelación bíblica, por el contrario, nos pone en presencia de acciones divinas nuevas y decisivas, que modifican la condición humana de forma tan decisiva que no admite la posibilidad de repetición. Cristo murió y resucitó de una vez para siempre. Adonis, símbolo de la vida biológica, muere todos los años en otoño y resucita en primavera. Sólo con el cristianismo el tiempo adquiere un valor propio, lo mismo que el lugar en que se realiza un designio divino.”

Sólo un historiador excepcional, como lo es el cardenal Danielou, puede ofrecer esa valoración del factor tiempo. Y sólo un gran teólogo, como Jean Danielou, podrá decir: “Si es cierto que el encuentro con Dios es un acontecimiento personal, no es menos cierto que este acontecimiento debe ser después controlado, situado en su justo límite. Jamás podrá ser el resultado de una conquista de la razón pura” (3).

El hombre y el mundo, el hombre y la historia, el hombre y Dios, son los grandes temas. Durante nuestro encuentro en casa de M. Demerson, Vintila Horia expresa su deseo de ser un día cronista de los vuelos espaciales. Ha hablado con uno de estos navegantes —no recuerdo si dice Borman—, y está convencido de que son distintos a los demás, que su mirada es ya la “mirada del espacio.” Somos realmente amoldables a todo, podemos hacer lo más grande y lo más pequeño, tal pienso yo y así lo expreso. Bartolomé Mostaza añade: “Esa es la grandeza y la servidumbre del género humano.”

También la mirada del padre Danielou se ha asomado al futuro del espacio. Verdaderamente, nuestro mundo es una época para someter a pruebas los pensamientos, las ideas, las religiones, los conceptos. En menos de un siglo la Santa Sede ha vivido la pérdida del poder temporal, la separación de la Iglesia y el Estado, el triunfo de todos los ismos contenidos en la encíclica Quanta Cura y en el Syllabus, ha celebrado dos Concilios, etc. Es como un oleaje que puede llevarse fácilmente las arenas de uno a otro lugar. Pero no las rocas. El padre Danielou tiene páginas de extraordinaria belleza al referirse a ellas, y a su significado. Es natural que la Iglesia elija sus cardenales entre aquellos que tienen el espíritu firme como una roca.

NOTAS:

- (1) Jean Danielou, **Dios y nosotros**, Ediciones Taurus, Madrid, 1966. **El escándalo de la verdad**, Ediciones Guadarrama.
- (2) **Dios y nosotros**, Pág. 37.
- (3) **Idem**, pág. 63.

CARDENAL DANIELOU

